

PRÓLOGO
por Rosa Navarro Durán,
escritora, filóloga y catedrática de Literatura
Española de la Universidad de Barcelona.

"Con muerta lengua y con palabras vivas"
(Canción de Grisóstomo; Cap. XIV Primera Parte Don Quijote).

Los hombres suelen usar las grandes palabras como armas cargadas de veneno que siembran desesperación y dolor. Son mucho peores que las flechas de Apolo, que provocaron la peste en el ejército de los aqueos –una tragedia colectiva– o mataron a los catorce hijos de Níobe –una terrible tragedia individual. ¿Cuáles son esas grandes palabras? No es difícil de adivinar: Patria y Dios. La primera necesita a menudo ser salvada mientras que la segunda – dicen– es salvadora, y los hombres matan por la una en nombre de la otra. Pero también las palabras pueden servir de antídoto: Josefus, una bella e intensa obra dramática en cuatro actos, nos regala muchas, y su apasionante historia está tejida con ellas. Asier Aparicio Fernández se las ha dictado a sus personajes.

La guerra tiñe de sangre y de odio la escena, y su protagonista, Josefus, se empeña en afirmar: «Lo primero que muere en una guerra, ya se sabe, es la verdad», y su lucha es un vano intento de detenerla porque su bandera es el diálogo: «El diálogo nunca es baja». Como afirma con su propia voz Asier Aparicio: la paz «es el más arriesgado de todos los equilibrios» y «escuchar la verdad es un ejercicio peligroso». Josefus luchará contra la falsa equidad de los otros y se estrellará contra muros sordos, mientras que verá escrito en ellos el término infamante: «traidor». Perderá su patria, su hogar, su nombre... No obstante su palabra escrita perduró, y ya como Flavio Josefo, nos ofreció el testimonio de lo que pasó y nos refirió la historia de un país que quiso borrarlo. Nos descubrió que lo que une a los seres en las guerras es el odio, y que a los hombres les gusta creer que sus actos están apoyados por la ira de Dios; no se dan cuenta de lo que esconden sus corazones, pues «cada cual presta su fe a las mentiras que más le convienen».

La tragedia que da palabras en esta obra dramática a Josefus es la guerra judeo-romana, donde «pasó lo de siempre», como dice Federico García Lorca en su poema «Reyerta» del Romancero gitano, porque «han muerto cuatro romanos / y cinco cartagineses», aunque los púnicos fueran judíos en estas otras tierras. Y en el cielo se ve el vuelo de los ángeles negros: «Ángeles de largas trenzas / y corazones de aceite».

Cuando Eneas bajó al Hades en busca de su padre, llegó a los Campos Elíseos, y la Sibila, que lo acompañaba, preguntó a Museo dónde estaba Anquises. La respuesta que el gran poeta les dio tendría que ser una enseñanza para todos: «Ninguno tiene aquí lugar fijo»; pero es una utopía inalcanzable, y, como dice Josefus: «La única esperanza útil es la que resulta viable». El diálogo lo es siempre, en cualquier guerra y en cualquier lugar: es la gran lección que nos ofrece esta intensísima y hermosa obra dramática de Asier Aparicio Fernández, que lleva el nombre del personaje histórico que la protagoniza.